

consistentes en el despejo y aseo de los salones, que no presentan ya el aspecto oscuro e incómodo que exhibían hasta hace poco, se ha emprendido una formal catalogación de los libros adoptando para esto el método de tarjetas, donde se escriben los títulos y señales de cada obra. Con esto se obtienen muchas ventajas, porque siendo móviles esas tarjetas, los catálogos resultan ordenables en cualquier momento, los títulos de los nuevos libros pueden recibir la debida colocación, el catálogo obedece permanentemente al orden alfabético, y puede hacerse la distribución de él por secciones y subdivisiones de acuerdo con las reglas de la bibliografía, sin tener que hacer para eso otra cosa que mover como naipes las papeletas que componen la lista general. Este trabajo adelanta diariamente en la Biblioteca, en forma tan satisfactoria, que para dentro de poco tiempo puede preverse su completa terminación.

MARCO FIDEL SUAREZ

---

## LA ODA A LA MUSICA DE FRAY LUIS DE LEON

*(Discurso en la Academia Mexicana)*

A FRANCISCO SALINAS

El aire se serena  
y viste de hermosura y luz no usada,  
Salinas, cuando suena  
la música extremada  
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo són divino  
mi alma que en olvido está sumida,  
torna a cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,  
en suerte y pensamientos se mejora,  
el oro desconoce  
que el vulgo ciego adora,

la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo  
hasta llegar a la más alta esfera,  
y oye allí otro modo  
de no precedera  
música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro  
a aquesta inmensa cítara aplicado,  
con movimiento diestro  
produce el són sagrado,  
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta  
de números concordés, luégo envía  
consonante respuesta,  
y entrambas a porfia  
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega  
por un mar de dulzura, y finalmente  
en él así se anega,  
que ningún accidente  
extraño o peregrino oye o siente.

¡Oh desmayo dichoso!  
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!  
dúrase en tu reposo  
sin ser restituído  
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,  
gloria del Apolíneo sacro coro,  
amigos, a quien amo  
sobre todo tesoro,  
que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! suene de continuo  
Salinas, vuestro són en mis oídos,  
por quien al bien divino  
despiertan los sentidos  
quedando a lo demás amortecidos.

FRAY LUIS DE LEON

Señores académicos:

Grande es mi osadía al traeros, como ofrenda de  
agradecimiento imperecedero por la honra y merced que  
me deparásteis al elegirme para disfrutar de los dones  
de vuestra compañía, algunos humildes pensamientos  
filosóficos sobre la oda inmortal de Fray Luis de León,  
que principia:

El aire se serena  
y, viste de hermosura y luz no usada,  
Salinas....

Oda en que tan alto campea el pensamiento como  
florece pura la emoción; poesía, en todas las catellanas,  
de suma perfección formal; y que, música en sí misma  
como la música que canta, diríase, más bien, el con-  
cento de una lira que el propio Arquitecto del mundo  
concordara en su sabiduría con el ritmo arcano sobre  
que se sustenta el móvil equilibrio del universo como  
sobre sutil cimientto de insondable hermosura y verdad.

¡Cuántas veces, en la soledad de la meditación, a  
la hora en que se prepara sigilosamente en la sombra  
un nuevo día, tan singular dentro de su genuina belleza  
como todos los otros venideros y pasados, la oda a Fran-  
cisco Salinas, aprendida de coro en la juventud y reci-  
tada en la intimidad de la conciencia, me habló de infi-  
nito y perfección! ¡Cuántas me apartó de la vida que  
fluía para sumirse, siquiera por un instante, en el so-  
siego de la eternidad! Alguna hubo, tan próxima al  
delirio, que perdí casi el contacto de la tierra--al  
menos lo creyó mi entusiasmo,—y sentí que a mi sér  
nacían alas, y que así, libre y limpio de atributos car-  
nales, ascendía o me abismaba, no sabría deciroslo, en  
la *oscuridad luminosa* de Dios.

Fray Antolín Merino, en el prólogo que puso a las  
obras del insigne poeta, dice que «Fray Luis canta con  
el espíritu mirando al cielo, pero con los pies aherro-  
jados en la tierra, y su canto es doloroso como el sus-  
piro del desterrado.» Por eso su lírica me conmueve  
más hondamente que los puros arrobos místicos del

beato Juan de la Cruz. Acaso un serafín oíría con más delectación al poeta del Carmelo. Su canto es sólo dicha, sólo triunfo de amor. Pero la criatura humana, la desterrada criatura nostálgica que no es estrella iniciada ni piedra inconsciente, sino mezcla o síntesis de bestia y dios, escuchará siempre más inteligiblemente la canción de Fray Luis, percibirá mejor el drama del desprendimiento gozoso que concibió su numen, que no el puro temblor místico y extático de San Juan de la Cruz. Al menos, dejadme decir que yo prefiero—sin imponer dogmas ni declarar supremacía,—la nostalgia de la *Vida Retirada* y la *Noche serena* al efusivo palpitar del *Cántico espiritual* entre el Alma y su esposo Jesús.

Y el desprendimiento de la «cárcel baja, oscura,» abandono o renunciación, lo dice, más inmaterialmente aún que las demás poesías del gran lírico, su *Oda a la música*: porque la tenue atadura del sonido, el número armonioso de la vibración musical son, de todos los vínculos físicos que nos refieren a la materia, los más sutiles y próximos a nuestra esencia espiritual.

En la *Oda a la Ascensión* envidia a la *nube* que arrebató al Señor. En la *Noche serena*, querría asirse al manto de María para subir con ella al Paraíso; más, por vívidos que fueren estos raptos de platónica fantasía formulados en elocuentes imágenes que sólo hieren la vista y cuajan en la extensión material; por íntegros que se muestren a los ojos del alma, nunca igualarán en su forma y colorido humanos, *demasiado humanos*, a la *muerte que da vida*, al *desmayo dichoso* que amortece los sentidos a los bienes del mundo y los despierta al bien divino, a la quieta vida de la eternidad.

Iniciase la *Oda a la música* del ciego Salinas con una suavísima estancia que, en sus dos primeros versos, expone la paz y liberación del alma transida del arrobó sonoro:

El aire se serena  
Y viste de hermosura y luz no usada....

Sentimiento de pura armonía y recíproca anuencia de las

cosas con el arcano del ritmo; pitagórica concordancia del mundo y el alma que ya dirá después el poeta con sublime estupor; pero, desde un principio, al gobernar la mano del músico ciego la extrema y sutil melodía, ilumínase el ambiente, cálmase el viento y vístese de hermosura.

Sonó la lira y comenzó el ensalmo. Es, cabalmente, el hechizo del arte que, como disfruta del mundo no para la satisfacción ruin del apetito ni para la realización de fines individuales, siempre mezquinos, sino para la desinteresada contemplación que lleva en sí su fin, suprime de golpe el ardor de la pugna de cada momento, el engaño de la actividad insensata y confusa, y halla, tras de la realidad de la vida, el Arquetipo platónico, la Idea incorruptible que se brinda y comunica en toda su inviolada verdad.

Y con la revelación estética, sale el espíritu de su olvido carnal, aviva la memoria y suma al deliquio menor del arte el místico recuerdo de su esencia:

A cuyo són divino  
mi alma que en olvido está sumida,  
torna a cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primera esclarecida.

Los fines económicos de la existencia—conociéndose el alma a sí mismo—los desdeña; *mejórase en pensamientos*, aléjase del vulgo, y, aun la propia belleza objetiva, antójasele engañadora y caduca. ¡Tan encumbrado es el destino humano, que la propia hermosura parece negarse con el objeto de obtener de su anodamiento la sabiduría más alta de todos, la ciencia teológica y moral!....

Cesa entonces o, por mejor decir, pasa a su segundo plano la musical armonía de las cosas corpóreas; aguarda a ser no más el cortejo humilde de la Increada Armonía. El místico oyente.

Traspasa el aire todo  
 hasta llegar a la más alta esfera  
 y oye ahí otro modo  
 de no precedera  
 música que es de todas la primera.

¿No percibís uno como movimiento recóndito que parece animar en su bella estructura interna a la estrofa?

.... Otro modo  
 de no precedera  
 música....

¿Sentís cómo se disloca o rompe un ritmo para realizarse en otro superior?

En la quinta estancia es la visión del Cristo Músico. Pitágoras—cuenta Jámblico—había inventado cánticos para aplicarlos a las diferentes situaciones del espíritu. Unos destinados a calmar la cólera; otros a enardecer la voluntad abatida; otros, en fin, a infundir el alma humana en el número cósmico, unificándola de este modo, como en el sonar indistinto de una campana, con la fórmula todopoderosa generadora de dioses y hombres.

Fray Luis de León que, como Pitágoras, oyó la música de las esferas, hácela proceder del Gran Artista de los mundos. El mismo suena la *cítara sagrada* cuya armonía sostiene la fábrica del universo. ¡Qué asunto para inspirar a un gran pintor cristiano, como Fray Angélico de Fiésole! Si el pintor de Italia hubiera podido conocer los versos del poeta castellano, acaso tan asiduo frecuentador de los ángeles como fue, habríamos legado la imagen pictórica del Cristo Músico, y podríamos hoy, quizá, admirar la gloriosa aparición a manera de *icono* bizantino, suave Cristo de ondulados cabellos, larga y áurea barba y labios de bendición, cuya *rara finura* destacaría en el azul y oro de un esmalte perdurable, entre coros de serafines y arcángeles que,

fundidos en un arco iris místico, como los que Dante vio, lanzarían a los vientos de la Rosa y corearían con sus trompetas y címbalos el sonar de la cítara divina. Sólo Bach, en el *Sanctus* de una misa sublime nos acercaría, en alas de su música alegre y seráfica, a este Cristo músico de Fray Luis que

Con movimiento diestro  
 produce el són sagrado  
 con que este eterno templo es sustentado.

Mas, no creais que, por el rumor de la música divina, por la misteriosa comprensión subitánea de los ritmos esenciales del mundo, deja de vibrar la música terrena; sino que

Entrambas a porfía  
 mezclan una dulcísima armonía.

El ritmo del arte del ciego Salinas fúndese—nos advierte el poeta—en la música increada. Es un concierto único con el real sonido que perciben los oídos y el que presiente el alma en su éxtasis. La música del mundo se convierte en una efusión de la música universal; y la mano del catedrático de Salamanca ciñese inescrutablemente al compás que mueve la cítara de Dios.

Por fin el alma, de la prisión corporal, vuela al cielo del deliquio:

Aquí el alma navega  
 por un mar de dulzura, y finalmente  
 en él así se anega,  
 que ningún accidente  
 extraño o peregrino oye o siente.

«El alma, dice Plotino en su célebre descripción del éxtasis (1), no ve a Dios si no logra desvanecer la inteligencia que en ella reside.... No existe ya intervalo alguno, dualidad; ambos, alma y Dios, son uno mismo;

(1) Eneadas III. II.

imposible sería distinguirlos mientras permanecen en presencia. La intimidad de esta unión, es la que imitan, aquí abajo, quienes aman y son amados, al tender a fundirse en un solo sér. En este estado, el alma no siente su propio cuerpo; no sabe si vive, si es hombre u otra cosa distinta del mundo» . . . .

El estado anímico descrito por el místico pagano de Alejandría lo describen también los versos del fraile agustino

Aquí el alma navega  
por un mar de dulzura.....

¡Sólo para la perfección del éxtasis alienta el espíritu! Es una completa afasia de todo sér individual; abdicación absoluta, pleno abandono de la criatura que gravita hacia el Creador. La fascinación musical ha ido, paso a paso, de escaño en escaño, ascendiendo por la mística escala de Jacob. Abajo duerme la carne su amodorramiento esencial. Arriba se deslizan los ángeles. En la sima nubosa, que el alma huella al fin, la luz in-creada se muestra. Habla Dios. El poeta nos pinta su sensación de infinito, su musical transporte, su enajenación victoriosa, inconsciente, que vuela sin obstáculos, sin resistencia, sin alas, en los limbos etéreos de la revelación. La armonía cósmica invadió el corazón humano. Dentro del pecho del poeta canta el murmullo universal. La entraña palpitante, redimida de su comercio con los hombres, sentiría brillar dentro de sí los astros, correr los ríos del mundo, trinar las aves y eruirse las montañas perforando el cielo. Al fin ya no hay variedad pintoresca, diversidad tumultuosa, polifonía, sino desmayo y paz.

¡Oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!  
¡dúrrese en tu reposo  
sin ser-restituido  
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

Pero la generosidad de Fray Luis no ha de permanecer más de un instante en el goce estético y místico, sin llamar a los hombres, como Beethoven en el coro final de la IX Sinfonía, a participar de la dicha que lo embarga. Gozará en el bien de los otros. Un cristiano sabe que su felicidad egoísta es sólo quimera satánica, torpe y maldita ilusión. Quien desee ser feliz ha de poner su ensueño en otro sér, en todos los seres capaces de ventura. ¿Cómo se contentaría si supiera que hay otros descontentos? ¿Cómo [se regocijaría si hubiera tristes? ¿Cómo amaría a Dios si no se esforzara en hacer que todos le amasen? . . . .

Por eso, la quietud de su bien singular se interrumpe de pronto con el recuerdo de sus hermanos; y, discípulo del Jesús que predicó en el monte las Bienaventuranzas, clama con tierna voz:

A este bien os llamo,  
gloria del apolíneo sacro coro,  
amigos, a quien amo  
sobre todo tesoro,  
que todo lo demás es triste lloro.

Y mientras los amigos llegan al llamado del poeta, él hace votos porque no cese de sonar la música de Salinas, arrebatándolo a las esferas de la contemplación, en tanto quedan sus sentidos para siempre muertos a la diaria y confusa brega del vivir.

Señores académicos:

El heroico fraile agustino—heroico conforme al gallardo tecnicismo de Gracián—es, acaso, entre todos los poetas castellanos, el más perfecto. Recuerda por su lírica entusiasta y serena, la noble poesía clásica; y, aunque, como dijera un insigne crítico, hubo en su arte relieves de Horacio, vibra en su corazón la centella divina del Calvario. *La flor sangrienta* del cristianismo perfumó su

plectro y cristalizó su ideal; el cielo de los mártires formó su paraíso; la virtud superior de su numen fue la caridad. Cabalmente por ello ha de contarse entre los grandes líricos de la historia. Porque, ¿qué es la civilización occidental sino la síntesis maravillosa de la eterna sonrisa de Grecia y las lágrimas de Jesús?...

Me represento yo a Fray Luis en la propia ciudad de Minerva y en los días gloriosos de Pericles y Platón. Mírolo discurrir por las calles de Atenas, no ciertamente como advenedizo, sino como ciudadano legítimo de aquella ejemplar ciudad. Los mármoles y los hombres de entonces sentirían, tal vez, no serles extraño del todo el fraile extranjero; y el viento mismo, siempre amigo de Athenea, soplaría, quizás, suavemente, moviendo los pliegues del sayal agustino, y les haría tomar la disposición armoniosa de los de las estatuas que Fidias labró; porque el poeta castellano, así en su prosa acabada, como en sus odas perdurables y sus perfectos sonetos de amor, nos transmitió redivivo el secreto de la íntegra belleza que Apolo derramó a raudales sobre el suelo de Atica, propicio al Ideal.

Ahí quede Fray Luis devuelto a sus hermanos vencedores, los líricos griegos y latinos; pero más cerca de nosotros por su amor nazareno y su bendita abnegación. Quede con su Cristo en las manos y su piedad profunda en el alma, y sienta, tal vez, que la diosa de glaucas pupilas atónitas le brinda una de sus miradas predilectas mientras en su pecho se enciende la llamada de la Cruz.

ANTONIO CASO

## REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.  
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador señor doctor LUIS ENRIQUE FORERO, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico